LA ILUSTRACION CATÓLICA

PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses	16 reales.	» »
Seis meses	30 »	11 francos.
Un año	60 »	21 »

Número suelto real y medio.

PROPIETARIOS
VIUDA É HIJOS
DE
JOSÉ AMALIO MUÑOZ
FUNDADOR

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4.

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata	3 1/2 »	6 »

En los demás estados de América fijan los precios los señore Agentes.

ÉPOCA 2.ª—AÑO III. Madrid 14 de Enero de 1879 NÚMERO 26

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

HEMEROTECA MUN.PAL MADRID

SUMARIO

TEXTO. — *Los grabados*, por V. — *Revista*, por V. P. Nulema.— *Costumbres nacionales*, por D. Manuel Perez Villamil. — *En un abanico*, por D. Manuel Cañete. — *La crítica musical*, por D. Ignacio A. Martinez. —*Poesías alemanas (Blum)*, por D. Ramon García s. j. — *Paul Feval*, por D. Leon Medina.— —*El Castillo de Terciopelo*, novela de Paul Feval, traduccion de D.ª Balbina Antúnez. — *Bl Padre Secchi*. — *Novedades Bibliográficas*, por V. — *Jeroglífico*.

GRABADOS. — *Retrato de Paul Feval*.— *La tumba de Don Pelayo*. —*El castillo de Chinchilla*.

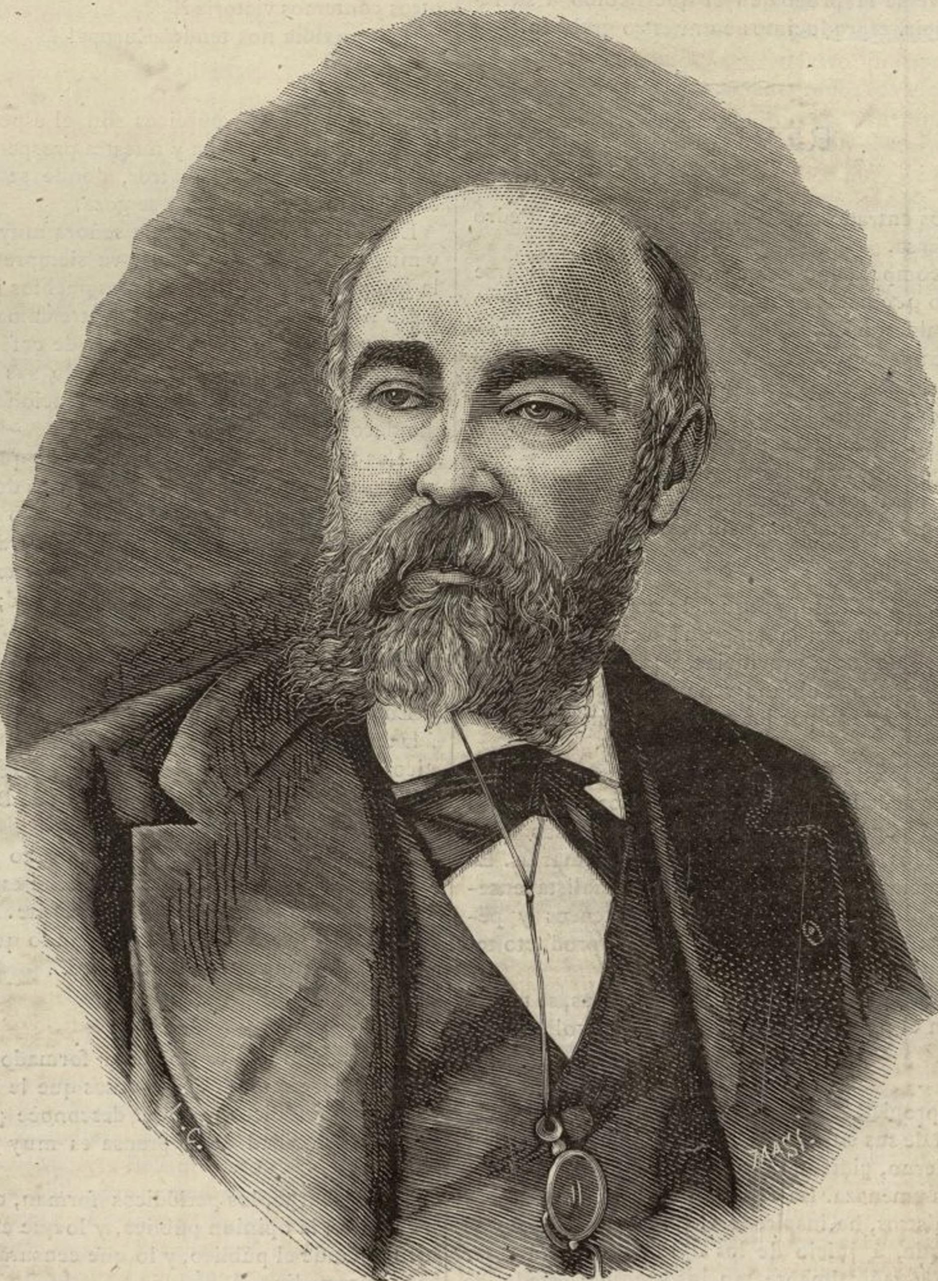
LOS GRABADOS

Retrato de Paul Feval.—(Véase el artículo especial que dedicamos á este famoso novelista francés.)

La tumba de Don Pelayo.—Ambrosio de Morales, en su *Viaje Santo*, describe de este modo tan sagrado monumento de nuestra historia patria:

«En lo postrero de la Iglesia (de Covadonga) frontero al altar Mayor, está una covacha alta hasta la cinta, y que entra como doce piés; y lo más, es cueva natural con sólo tener un arco liso de cantería á la entrada. En esta capilla ó pequeña cueva está una gran tumba de piedra, más de los piés que á la cabeza; el arca de una pieza, y la cubierta de otra; todo liso, sin ninguna labor ni letra. Esta, dicen todos, que es la sepultura del rey Don Pelayo.»

El arco de piedra á que se refiere Morales, es una sencilla ojiva del siglo XIII. Está casi del todo cerrado con tabique y algunas piedras labradas, fragmentos del antiguo templo, que parecen haber formado parte de una orla muy semejante á otras que se ven en las Iglesias bizantinas de Abamia y Villanueva, coetáneas de Alfonso I. Hay además una gruesa verja de hierro, que resguarda la entrada é impide á los curiosos acercarse y tocar el sepulcro, el cual puede verse, sin embargo, por una tronera que el tabique y los barrotes de la reja dejan libre, y por el que se registra el interior de la covacha. Aparece ésta tapizada en todas partes de musgo y moho; y en el centro, y posada sencillamente sobre el suelo la tosca tumba que encierra los cuerpos de Pelayo, de su esposa Gaudiosa y de su hermana Hormesinda. El sarcófago es rudísimo y con su aspecto de antigüedad, confirma lo que nos dicen las crónicas y la tradicion, que «muerto D. Pelayo en 737 en tierra de Cangas, fué enterrado con su esposa Gaudiosa en Santa Eulalia de Belapnion», hoy Abamia, y de allí trasladados sus cuerpos á Covadonga por Alfonso el Católico, cuando la creacion del monasterio de Santa María.



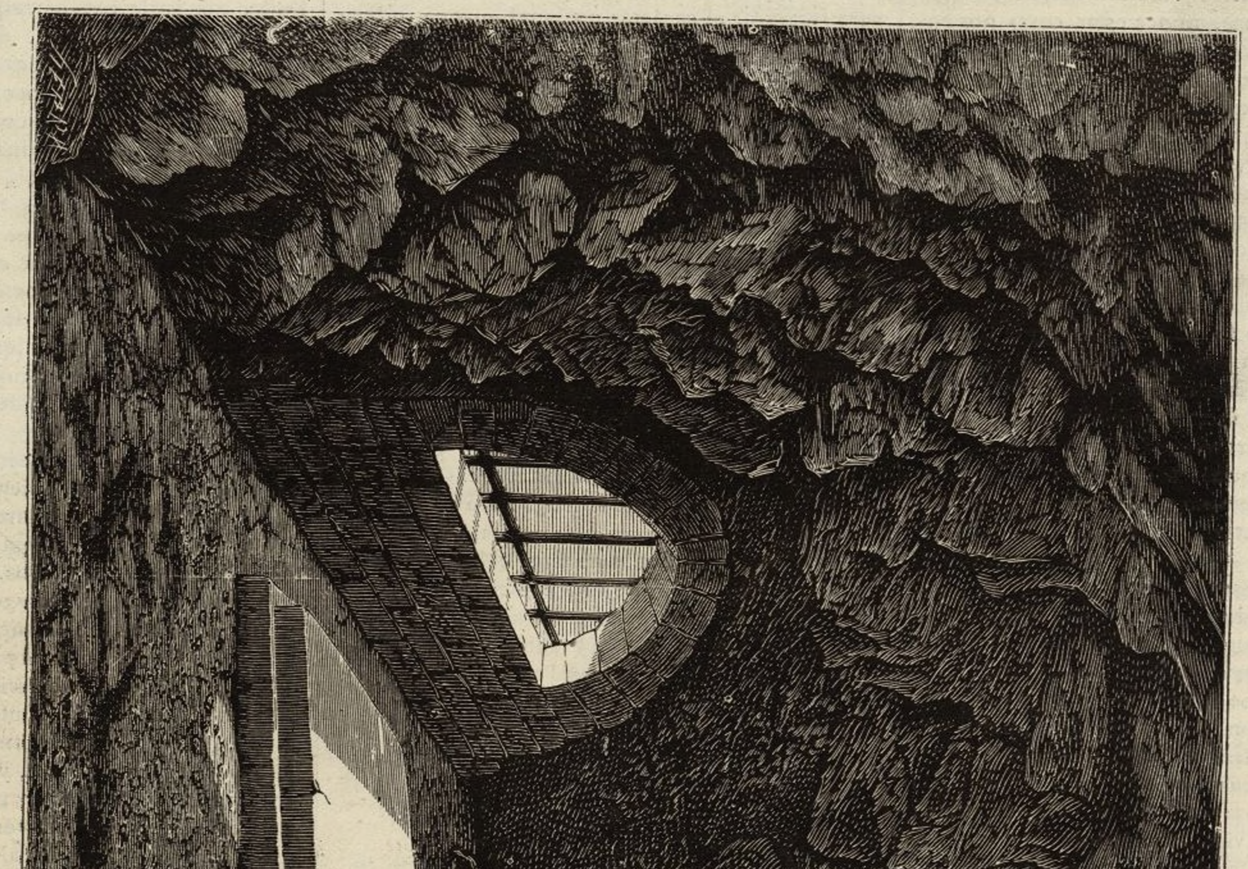
RETRATO DE PAUL FEVAL

con la aplicacion recta y severa de las leyes musicales, no vacilamos en afirmar que el juicio formado con estas bases será completo y razonado, y probablemente de todo punto verdadero y exacto.

Juzgada *á priori* la obra, podrá asimismo predecir su éxito público, si conoce, como dijimos, la educacion artística del auditorio, sus inclinaciones y gustos, y cuanto pueda contribuir al exámen recto de la realidad de la belleza considerada en sí misma, y á la realidad de las condiciones de los *dilettanti*.

Tal es nuestro humilde pensamiento, que ligeramente hemos apuntado, acerca de una de las materias más importantes de la vida, y sobre la cual tantos y tan opuestos juicios escuchamos á todas horas. Por todo lo dicho, fácilmente puede inferirse que aún debemos distinguir dos clases de juicios críticos, de los cuales cada uno tiene sus fundamentos y su razon de ser. Tales son el absoluto y el relativo.

El primero consiste en examinar la composicion independientemente de toda relacion y de toda circunstancia, apreciándola en sí misma, segun el rigorismo estético y con arreglo á las leyes perpétuas de la música; y en tal supuesto, el crítico examina de qué modo el compositor ha hecho uso de los recursos que su memoria le ha proporcionado, que ha inventado, dirigido ó combinado su imaginacion, ha ordenado su inteligencia, ha encendido su corazon, ha embellecido su gusto en el momento divino en que el artista quedó arrobado por el purísimo deleite de sus bellezas, y por fin ha manifestado sensiblemente por medio de las formas fónicas juzgando todo esto con arreglo á las leyes invariables de la belleza.



LA TUMBA DE DON PELAYO

El segundo, por el contrario, es el complemento del anterior, á quien ordinariamente viene á modificar, y en tal caso el crítico examina cuál era la situacion y condiciones reales del compositor, cuál la época en que vivió, de qué manera ésta con todos sus elementos morales, religiosos, sociales, intelectuales, estéticos y materiales ha influido en aquél, y cómo se descubre esta influencia en sus obras, cuál es el objeto que se propone al formarlas, cuál la condicion de épocas posteriores en que fueran bien ó mal recibidas, y finalmente todo cuanto puede tener relaciones próximas ó remotas con el compositor y con sus producciones.

Consideramos conveniente advertir, que de ningun modo debe olvidarse este segundo respecto, toda vez que por su medio pueden sin duda alguna explicarse la mayor parte de las opiniones antitéticas que militan en el campo de la crítica musical, y resolverse con acierto los diferentes problemas á que pueden dar lugar los efectos diversos producidos por una misma audicion.

Afortunadamente, entre nosotros puede distinguirse un público numeroso y culto, que sabe recibir con admiracion y apreciar con justicia las obras inmortales de los grandes maestros.

Buena prueba de esto son los singulares elogios y la brillante ovacion con que suelen aceptarse las composiciones nacionales y extranjeras de primer órden.

Si aún existe otro público ménos inteligente y ménos práctico, cúlpese á las condiciones de los tiempos actuales y á su falta de educacion musical.

IGNACIO ALONSO MARTINEZ.

POESÍAS ALEMANAS

(BLUM)

A mis amigos

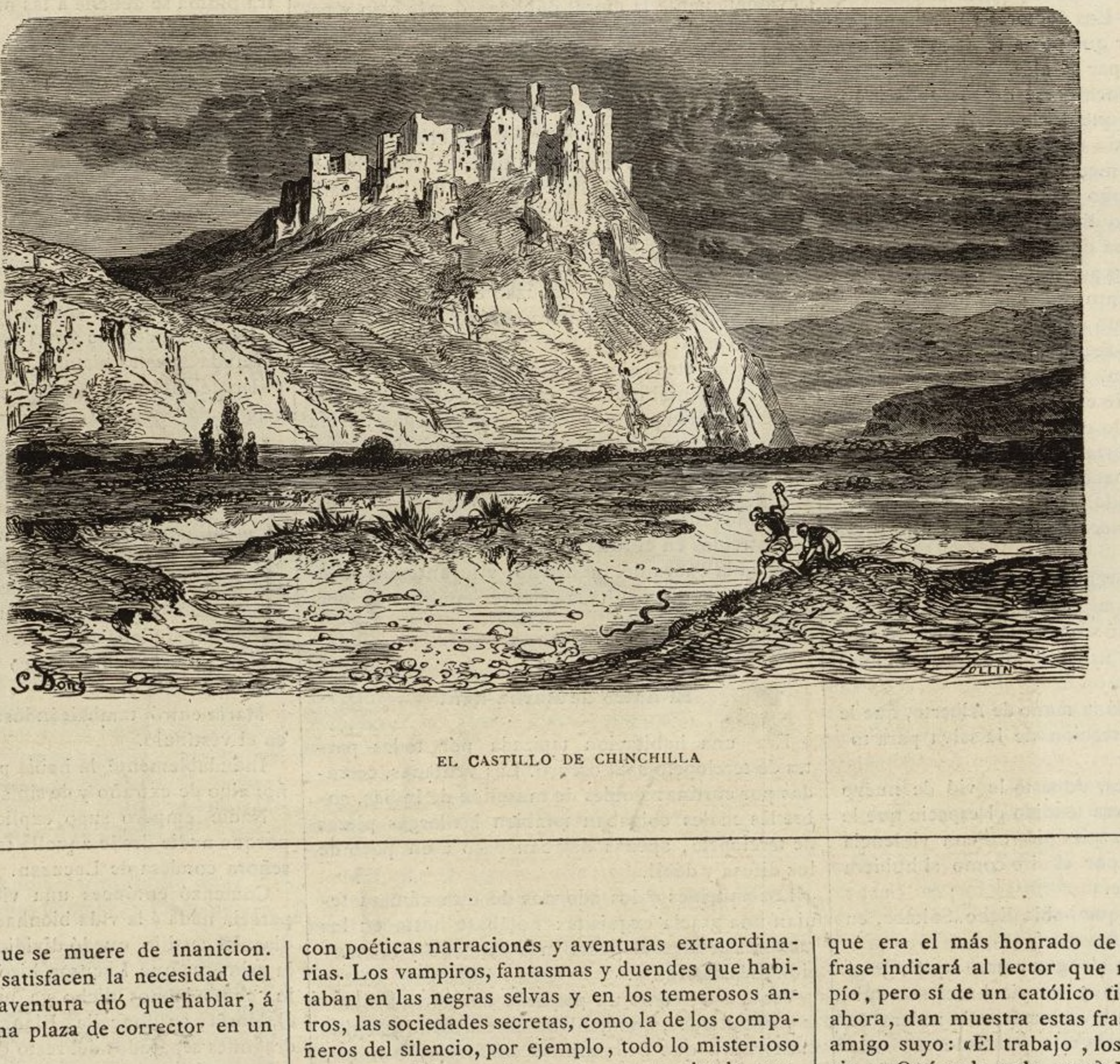
¡Os lamentais, queridos,
Porque tan presto vuela
Con todos sus halagos
La rica primavera.
Ya la vereis ornada
Volver de pompa nueva.
Más justa el pecho exhale,
Más triste y honda queja;
¡Ay! de la dulce vida
La edad más hechicera,
Huye sin esperanza
De que en los siglos vuelva.

RAMON GARCIA S. J.

PAUL FÊVAL

El célebre novelista, cuyo retrato publicamos en este número, nació en Rennes (Francia) el 28 de Noviembre de 1817. Hijo de un sábio jurisconsulto, que murió en 1827 siendo magistrado en aquella ciudad, empezó su carrera en una casa de banca. Poco duró la ocupacion, porque sorprendido en íntimo trato con una de las novelas de Balzac, donde se satirizan costumbres *non sanctas* de los banqueros, el que le ocupaba, sin más explicaciones, lo plantó en la calle. Sin trabajo y agotados los recursos con que llegó á París, no tardó mucho en encontrarse frente á frente con la miseria. Un dia, en que las decepciones habian sido mayores de lo ordinario, más muerto que vivo y sosteniéndose apénas, pudo llegar hasta su humilde bohardilla. Como los vecinos no lo vieron bajar al siguiente, sospechando un suicidio, abrieron violentamente la puerta de su habitacion y encontraron á Féval exánime con un libro en la mano: era la *Imitacion de Jesucristo*, único que conservaba. Corre el caso en la vecindad, llaman á un médico, y el médico declara que se muere de inanicion. Amigos improvisados satisfacen la necesidad del momento, y como la aventura dió que hablar, á los pocos dias logró una plaza de corrector en un periódico de París.

HEMEROTECA MUN. C. PAL ★ MADRID



EL CASTILLO DE CHINCHILLA

Entónces comienza la vida literaria de nuestro autor, escribiendo novelas en *La Revista de París* y *El Correo francés*; pero su primer triunfo fueron *Los Misterios de Lóndres*, escritos para este último periódico por encargo de su director, que iba á hacer competencia á Eugenio Sué, que estaba publicando sus *Misterios de París*, de execrable memoria. El amor á la patria se revela en todas sus obras: breton hasta la médula de los huesos, en su casa la criada es bretona, sus muebles ostentan los escudos de armas de las principales casas de Bretaña, no hay novela donde por lo ménos no dedique un recuerdo á aquel país clásico de la lealtad y del honor.

Paul Féval nunca se propone problemas sociales como es moda en nuestros tiempos: artista y nada más, en sus novelas anteriores á 1876, su preocupacion constante ha sido interesar al lector con poéticas narraciones y aventuras extraordinarias. Los vampiros, fantasmas y duendes que habitaban en las negras selvas y en los temerosos antros, las sociedades secretas, como la de los compañeros del silencio, por ejemplo, todo lo misterioso en fin, es del gusto de nuestro autor, siendo tambien maestro consumado en esto de acumular espantos y de excitar los nervios de sus lectores.

Sus obras principales de la primera época, y no las citamos todas, porque su número nos lo impide, son *El Jorobado*, *El hijo del Diablo*, *Las cinco*, *Madama Gil Blas*, *Las dos mujeres del Rey*, *Las últimos hadas*, *La mancha roja*. En punto á fecundidad, no temen la comparacion con los novelistas contemporáneos, y lo más extraño es que el tiempo, léjos de templar los ardores, casi los aumenta.

La conversion de Paul Féval, lo ha mostrado por un aspecto hasta entónces desconocido: en adelante Francia cuenta un novelista más, diferente del autor de los *Misterios de Lóndres*. Al hablar de conversion no queremos decir que Paul Féval militára bajo las banderas del error, y de los enemigos de la Iglesia. Luis Veuillot dijo de él que era el más honrado de los novelistas. Esta frase indicará al lector que no se trata de un impío, pero sí de un católico tibio. De como piensa ahora, dan muestra estas frases dirigidas á cierto amigo suyo: «El trabajo, los libros, la inteligencia... ¿Qué vale todo esto? Nada si examinamos nuestra vida y recorremos con la imaginacion lo andado. En nuestra época no basta creer, es preciso sobre todo practicar; la fe es insuficiente sin las obras. He escrito mucho en mi vida: ¿habrán servido mis escritos de sosten y consuelo á algun ánimo vacilante? ¡Ah, Religion! ¡A tí concluyen por volver los que te abandonan!»

Sus *Etapas de una conversion*, *Pedro Blot*, *La premiere Comunion*, *¡Jesuitas!* han sido verdadera revelacion para el mundo literario. Sería preciso más lugar del que disponemos para dar á nuestros lectores ligera idea de lo que es Paul Feval á los sesenta años, renaciendo como el fénix de sus cenizas.

Católico activo, conoce la sociedad en que vive; á los impíos, á los hipócritas, y á los amantes de la verdad, y los pinta con todos los recursos del arte. Como novelista de costumbres contemporáneas, será en adelante modelo digno de imitarse.

De sus últimas obras puede decirse como el mayor elogio, que traen dinero al editor, y muchos indiferentes al lado de los que combaten por la verdad.

LEON MEDINA.

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuacion)

—Y ¿qué hará usted, una vez al pié del muro?

—Subiré sobre el terraplen. Una vez sobre el terraplen, haré lo que he dicho á usted ántes, entraré por las chimeneas.

—¡Vive Dios!—exclamó Coetlogon,—que daria diez luises porque fuera de dia para ver la figura que hacía usted, camarada. Habla usted de subir sobre el terraplen, lo mismo que si tuviera usted allí una escalera.

—Hablo así porque yo no necesito escalera.

—Pues ¿qué oficio es el de usted?

—Soy doctor en medicina para servir á usted.

Coetlogon no pudo detener la risa.

—¡Vamos!—dijo.—Los doctores son algunas veces brujos. Puede ser que por arte de mágia se vaya usted á echar un par de alas. Y puesto que usted tiene deseos de encargarse de mi negocio, la dice usted á Blanca que desde el martes me paso las noches en este sitio esperando contínuamente poder verla ó hallar medio de llegar junto á ella. La dice usted que tengo confianza en ella, que la respeto y que la amo diez veces más, cien veces más de como jamás ha sido amada mujer alguna... ¿Y usted?—se interrumpió bruscamente mirando á su compañero de aventuras,—¿ama usted?

Pichenet sintió como un escalofrío.

Dijérase que esta pregunta inesperada le habia punzado en el corazon.

—No,—respondió sin embargo,—yo no amo... de la manera que usted lo entiende.

—Eso es allá para usted. Pero desde luégo usted es un arrogante muchacho... Dígala usted que me arrodillo delante de ella... que soy su esclavo... Dígala usted que si me necesita, mi vida y mi sangre son suyas...

—Y ¿nada más?—preguntó friamente Pichenet.

—Dígala usted que mi pensamiento...

—¡Bueno, bueno! No vaya usted á repetir lo mismo. Nada más: déjelo usted de mi cargo, y buenas noches.

Diciendo esto, apretó la mano de Alberto, que le vió desaparecer en direccion de la selva para tomar carrera.

Un segundo despues, Alberto le vió de nuevo que atravesaba á carrera tendida el espacio que le separaba del foso. Sus piés pisaron con violencia en el borde, y revotó por el aire como si hubiera pisado sobre un resorte.

No era jactancia lo que habia dicho. Saltaba, en efecto, mejor que el fantasma.

En lugar de caer en el agua como aquél, ganó de un salto la otra orilla, y esto sin hacer más ruido que si hubiera saltado solamente la rodera de un carro. Coetlogon creia estar soñando.

Y mucho más creyó estar soñando cuando vió á través de las sombras al fantasma de la cara negra salir de entre los juncos, abalanzarse sobre Pichenet, luchar un instante y volver á caer en lo más profundo del agua cenagosa gritando:

—¡Te he tocado! ¡El mal se pega!

Coetlogon se frotó los ojos.

Todos estos acontecimientos se sucedian con una rapidez fantástica. Habia al otro lado del foso contra el terraplen un pequeño álamo que tenía entremezcladas sus hojas con las de la hiedra de la muralla.

La luna, ya en su último cuarto, salia en aquel momento de su lecho de nubes.

Coetlogon pudo ver á su compañero de viaje trepar como un gato montés por el delicado tronco del álamo, prenderse de los tallos de la hiedra, que se desgarraban con su peso y subir á la muralla con la misma ligereza que si fuera un mono.

Llegó á tocar las almenas. Inmediatamente sonaron dos tiros. La luna se cubrió tras de un nublado. Un silencio de muerte reinó todo en redor de la Sepultura de Terciopelo.

Coetlogon permanecia en el mismo sitio como herido de estupor.

Al otro dia, la gente de Rennes iba diciendo á todo el que queria oirlo:

Que habia dos demonios en el castillo de Barba-azul, el uno que se zambullia en los fosos gritando: «¡la he tocado, la he tocado!» y el otro que tenía el dón de volar por encima de las murallas como un pájaro de tamaño monstruoso. Ambos á dos eran negros como el que sale del fuego del infierno.

El segundo de estos demonios habia querido estrangular al jóven Alberto de Coetlogon que andaba por allí á picos pardos, á pesar de los buenos consejos de su tio el señor teniente de rey.

Las balas de mosquete le rebotaban en la piel. Los sables se doblaban ó se rompian al darle en el cráneo. Entraba en las casas por las chimeneas.

De todo lo cual era preciso concluir que el jóven Alberto de Coetlogon no habia andado demasiado discreto ni reservado. Lo cierto es, que los rumores fueron creciendo hasta tal punto, que la justicia no pudo ya hacerse atrás. Se temió una revolucion.

Allí habia un misterio de iniquidad que heria evidentemente la moral pública, ó más bien y para hablar con más franqueza, que picaba demasiado la curiosidad general. Todo el mundo queria saber.

Mas ¿cómo saber?

Las autoridades, impulsadas por el alboroto del populacho en efervescencia, hicieron voto de demoler el castillo del Grail para ver al fin aquella famosa sepultura de terciopelo, donde estaba la víctima viviente y aquella famosa bodega que encerraba los esqueletos de las tres víctimas muertas.

Lacuzan era conde; Lacuzan llevaba el cordon de las órdenes; Lacuzan era coronel de los dragones de Conti.

No obstante la alta posicion del acusado, llevado ante el tribunal popular, resolvióse que su morada fuese reducida por la fuerza, y que se llegase, arma al brazo, hasta el fondo de aquel abismo de horror, aunque no fuera más que para en lo sucesivo servir de escarmiento y aterrorizar para siempre jamás á los futuros Barba-azules.

Entremos en el ínterin, delante de las autoridades, en la cueva del mónstruo, y levantemos el telon de boca que oculta la célebre Sepultura de Terciopelo.

XVII

El antro de Barba-azul.

Era una habitacion tapizada por todas partes de terciopelo azul oscuro. Las ventanas, cerradas por cortinas dobles de muselina de Indias, sobre las cuales colgaban tambien las largas piezas de terciopelo, apénas dejaban paso á un poco de luz difusa y débil.

Los muebles y los adornos de esta cámara tenian una gracia exquisita: notábase hasta en los menores detalles el gusto más delicado y la atencion más afectuosa.

Venía á ser como un pequeño santuario brillante y encantador, que hablaba de esa bella y legítima ternura que Dios mismo conforta y bendice, de ese amor de que estaban siempre dispuestos á mofarse los marqueses filósofos y empolvados del siglo en que pasa nuestra historia, pero que es en suma el amor de la gente honrada, la salvacion de las razas, la salvaguardia de las costumbres, el honor y la felicidad de la familia.

Aquellos buenos marqueses, enciclopedistas cuando tenian el escaso talento que bastaba para serlo, y cuando no, cortesanos estúpidos del primer miserable que mojaba su pluma mal cortada en el tintero del ateismo; aquellos pobres necios almidonados, enguirindolados y tiesos, que aderezaban las blasfemias con agua de rosas, y que gorgeaban con su voz enflaquecida y cascada las impiedades de los mojigatos de la plebe; aquellos monos de Francia, que la China hubiera pagado á un precio loco y que acabaron por tener la cabeza de la misma forma que la de los hombres, no representan á la porcion masculina de la nobleza francesa mejor de lo que nuestras caricaturas de vizcondesas representan á las bellas, santas, generosas y valientes hijas de nuestras familias nobles.

Dícese, sin embargo, que en la hora suprema, todos ó casi todos se irguieron noblemente ante el hacha del verdugo, y que todos hallaron una gota de buena sangre en sus venas para saber morir. ¡Que Dios les haya acogido en su seno!

La cámara en donde vamos á entrar, era evidentemente el lugar reservado, el santuario de esas alegrías severas y dulces que no se encuentran fuera del matrimonio. Allí era donde María de Noyal, aquella pobre víctima al decir de las gentes de Rennes, y el conde Enrique de Lacuzan, aquel tirano implacable, habian sido tan felices durante cuatro años.

Se amaban uno á otro muy de veras, segun la diferente índole de cada uno.

María estaba dedicada exclusivamente á su marido. Le admiraba y le queria. No nos atreveríamos á llamar pasion á aquella tranquila y apacible ternura.

Enrique amaba á María con toda la fuerza de su corazon.

El amor del conde era tan confiado como ardiente.

¿Por qué las descripciones de la felicidad son imposibles? Al comenzar esta página queríamos referir la felicidad de dos esposos que se aman, y nuestra pluma se detiene á las primeras líneas.

¿Por qué?

Porque estamos formados así. No hay más que una sola pasion feliz que pueda pintarse á grandes rasgos, y es la inmensa dicha, sin cansancio ni hartura, que el corazon del hombre halla en el amor de su Dios.

Hé aquí, pues, todo lo que diremos de María y de Lacuzan: al cabo de cuatro años de felicidad, Lacuzan y María eran todavía muy felices. María tenía veintidos años, y continuaba siendo la más bella criatura del mundo. Lacuzan se pasaba las horas extasiado en contemplarla.

Esto, quince dias ántes del momento en que se reanuda nuestra historia.

Desde entónces...

Una tarde María volvió toda temblando de su paseo por la selva. Estaba tan pálida, y habia tal extravío en sus ojos, que á los que la vieron subir la escalinata del castillo les costó trabajo conocerla. Sus hermosos cabellos rubios flotaban medio sueltos sobre sus hombros. Su vestido estaba desgarrado. Al decir de los criados que la abrieron la puerta, su delicada muñeca estaba acardenalada como si una mano de acero se la hubiese brutalmente triturado.

María entró tambaleándose y cayó desvanecida en el vestíbulo.

Indudablemente la habia pasado algo de extraño: algo de extraño y de sinistro.

Nadie empero supo explicarse aquel enigma, porque nadie desde aquella tarde volvió á ver á la señora condesa de Lacuzan.

Comenzó entónces una vida nueva que no se parecia nada á la vida bienhadada y libre de otros dias. El castillo quedó dividido en dos partes. En la primera, que Lacuzan hizo tapizar de terciopelo, como hemos dicho ya muchas veces, vivian él, María, su doncella, Blanca de Noyal y veinte dragones separados del resto de la casa.

Lacuzan y los dragones salian.

Pero los dragones no conocian en manera alguna el misterio de las habitaciones interiores.

Hacian la guardia y se les habia encargado hacer provisiones de todo género como si hubieran estado en una ciudadela sitiada. En cuanto á la condesa, su doncella, Blanca y una pobre anciana que habia venido con ella, como si no fueran ya de este mundo.

Una circunstancia que los noveleros de Rennes omitian, y que hubiera podido, sin embargo, suministrar materia para excelentes comentarios, era que el conde habia hecho poner gruesas rejas en todas las ventanas de la parte del castillo habitada por su señora.

De todos modos, el verdadero Barba-azul, no era más que un niño de teta en comparacion de Lacuzan.

Dos retratos habian quedado subsistentes en la habitacion tapizada de terciopelo azul oscuro.

El primero era el pastel célebre pintado por Blanca en su palacio de Rennes. El segundo era una copia ampliada hasta el tamaño natural de aquel famoso esmalte que quisimos describir al comienzo de esta historia.

Aparte de estos dos retratos, colocados el uno enfrente del otro, adornaban las paredes algunos graciosos cuadros que medio se perdian bajo el oro brillante de sus marcos en el eterno crepúsculo que reinaba en la sala.

Sobre la chimenea, en lugar del espejo de Venecia que los ojos buscaban lo primero, se hallaban unos pastores de Antonio Watteau corriendo tras de unas lindas zagalas.

Las vizcondesas nos han hablado ya de esta escentricidad, de la ausencia de todo cristal y de todo espejo.

¡Y aquella era la mansion de María!

¡María sin espejo!... ¡María reducida á no volver á saludar triunfante la sonrisa de su propia belleza ¿Quién sino un tirano furioso hubiera podido imaginar este refinamiento de barbárie?

¿No se habia llamado con razon á semejante lugar la Sepultura de Terciopelo?

En el momento en que entramos ardia un gran fuego en la chimenea de azulado mármol, esparciendo entre la sombría media luz vacilantes y repentinos resplandores. El reloj de jaspe, coronado por un grupo de bella escultura de Nicolás Coustou, señalaba la una de la tarde.

Afuera, el sol descolorido de Octubre hería con sus rayos los árboles sin hoja; pero en el interior parecia como si el crepúsculo vespertino fuera ya envolviendo la tierra.

María, la condesa de Lacuzan, estaba medio recostada en un sofá, y Lacuzan cerca de ella conteniendo la respiracion por no despertarla.

El conde conservaba todavía aquel varonil semblante cuya belleza habia el feliz pincel de Blanca tan admirablemente copiado. Los cinco años trascurridos no habian hecho más que dar á su frente un tantico más de palidez y tambien de tristeza.

Por lo que hace á María, sólo su retrato podia dar idea de la exquisita perfeccion de sus facciones. María tenía una máscara de satin color de rosa que la cubria toda la cara.

Pero, ¿y debajo de aquella máscara?

¡Oh! ¿Recordais aquella María?... ¿Recordais aquel murmullo de admiracion que se elevaba por donde quiera que pasaba?... ¿Recordais?...

Pero, ¿aquella máscara?...

Sabeis muy bien lo que es un retrato. El de María no era ni la sombra de María, la bellísima, la graciosa, la incomparable.

No, aquella frente no tenía la pureza de la frente de María; no se veia uno en aquellos ojos como en los ojos bellos de María: aquellos lábios no sabian sonreir como los lábios de María, ni mostrar sonriéndose aquellas perlas que dejaba ver la sonrisa de María.

Lacuzan estuvo mirándola dormir largo rato.

Despues levantó sus ojos al cielo, y los tenía arrasados de lágrimas.

¿Qué habia, pues, bajo la máscara de María?

Habia lo mismo que María habia visto bajo la máscara de Malbrouk en la pobre choza del alto de Santa Melania, cuando María dejó el castillo de su padre para correr por aquellos caminos arrastrada de no sé qué profético asombro, y fué á Rennes con Lacuzan, á Rennes que estaba infestada del *mal de infierno*.

Habia lo mismo que María habia visto bajo la máscara de Malbrouk, lo que la habia hecho lanzar un grito de dolor, y decir como si respondiera á alguna fatídica amenaza:

—¡Oh, sí! ¡Moriré de esol ¡Moriré de eso!

Allí estaba todavía aquella gracia admirable, aquel talle aéreo y armonioso y el lujo espléndido de sus cabellos rubios, cuyos bucles desprendidos parecian arroyuelos de oro.

Lacuzan lloraba.

El viento del Otoño gemia tristemente en el parque.

A lo léjos se dejaban oir todos esos ruidos agrestes que forman la voz del campo en las horas de trabajo y que tienen en esa época algo de lastimero en su misma poesía encantadora.

Lacuzan se decia:

—Si ella llega á saberlo se muere... ¡Y al fin habrá de saberlo!... ¡y habrá de morir!

Pues tomaba al pié de la letra aquella frase pronunciada en otro tiempo por María.

—¡Yo MORIRÉ DE ESO!

Y Lacuzan tenía razon, María no tenía un gran talento ni un corazon valiente. Para María su hermosura era su vida.

Hacía quince dias que Lacuzan estaba obrando un milagro de cariño. Aquel á quien las gentes desocupadas de Rennes llamaban Barba-azul, aquel á quien acusaban de estar martirizando á su mujer, habia encontrado en su inmensa ternura la solucion de un problema insoluble. Habia hecho lo imposible.

Habia conseguido ocultar á María su propio rostro, su propia desgracia.

María se creia todavía hermosa.

Pero el dia ménos pensado...

Lacuzan sabía que el país entero, soliviantado por una curiosidad implacable, daba vueltas en redor del misterio de su vida íntima como el tigre en redor de su presa. Escuchaba en cierto modo aquellas habladurías infames que iban á concluir por convertirse en general tumulto y hacer caer al fin los muros de su casa.

Una palabra indiscreta, ménos todavía que eso, un espejo presentado á María por la imprudencia ó la perfidia, concluiria con todo.

Lacuzan estaba ya viendo á María muerta, y se le partia el corazon. Habia levantado en torno de ella una valla impenetrable de esas que suelen hallarse en los cuentos fantásticos, y no en otra parte alguna. Habia puesto una venda sobre los ojos de María, y la habia arrebatado tambien el sentido del oido, haciendo cesar toda palabra en torno suyo. María estaba cautiva como aquellas hijas de los reyes á quien algun génio benéfico encerraba, allá en otros tiempos, para ponerlas al abrigo de los maleficios.

Mas los dias pasaban, y los milagros no duran largo tiempo cuando son hechos por los hombres.

En todo esto pensaba Lacuzan, miéntras gruesas lágrimas mojaban sus párpados varoniles.

De repente Lacuzan se estremeció.

Entre los ruidos lejanos habia percibido el metal de una voz conocida que gritaba al otro lado del foso:

—*¡La he tocado! ¡La he tocado!*

En los ojos de Lacuzan brilló un relámpago de cólera terrible. Hizo un movimiento como de abalanzarse y aquel movimiento despertó á María.

—¡Oh!—murmuró la jóven condesa llevándose la mano á los ojos.—¡Esta máscara!... ¡Siempre esta máscara!

—No la detestas tú más que yo, mi pobre María, —dijo Lacuzan hallando en sí la suficiente fortaleza para sonreirse,—no detestas tú más que yo esa maldita máscara que me impide verte.

—Mas ¿por qué conservarla todavía?...

—Porque de ella depende tu hermosura, María de mi alma.

Está respuesta valia por todas las explicaciones.

María, resignada, cruzó sus manecitas blancas sobre el hombro de Lacuzan.

—¡Cuánto hay que sufrir para ser hermosa!—murmuró con gracia.

Lacuzan sonreia; pero llevaba la muerte dentro del corazon.

¡Hermosa! ¡Dios mio! ¡Hermosa!...

La voz lejana seguia gritando con horrible insulto y con burla sangrienta.

—¡La he tocado! ¡El mal se pega!

María no entendia lo que esto significaba.

—Figúrate tú,—le dijo á su marido,—que estaba soñando... me veia en traje de baile en el salon de mi padre. ¡Hace ya tanto tiempo que no he bailado! En mi sueño estaba bailando y el caballero que bailaba conmigo... mi pareja... ¿Quién era mi pareja?...

Detúvose como para hacer memoria y continuó luégo con vivacidad:

—¡Lo que son los sueños! ¿Dónde irá uno á buscar semejantes cosas? Mi pareja era aquel pobre hombre que ántes saltaba en la cuerda en Rennes detrás del palacio de papá.

Lacuzan estaba más descolorido que un muerto.

Es menester decir aquí al lector, que María estaba convaleciente de una grave enfermedad que ella llamaba fiebre porque no sabía su verdadero nombre. Aquel misterioso acontecimiento que la habia hecho volver una tarde al castillo desmelenada y medio muerta, ya no le recordaba. Recordaba solamente los sucesos pasados mucho tiempo ántes de su enfermedad, de aquella *fiebre* de que ahora estaba sintiendo el contragolpe, y que habia sido en realidad un terrible ataque de *mal de infierno*.

Pero Lacuzan, por su parte, nada habia olvidado.

—¿Sabes, Enrique?—continuó ella,—aquel hombre en otro tiempo tan fuerte y tan ágil, á quien fuimos á ver una noche...

—Ya sé, ya sé,—la interrumpió Lacuzan.

—¡Lo loca que yo era!—prosiguió María.—Entónces tenía yo miedo al *mal de infierno*... Pero, ¿cómo se llamaba aquel hombre?

—Malbrouk,—pronunció Lacuzan tembloroso.

—Sí, eso es, Malbrouk. ¡Cómo habia cambiado cuando nosotros le vimos!

Aquí sintió un estremecimiento de horror.

—¡Oh! me acordaré toda mi vida—murmuró—del sentimiento que experimenté cuando se levantó la máscara y le ví la cara.

—¿Para qué pensar en eso?—la dijo Lacuzan.

—¿Tengo yo acaso la culpa de haberme vuelto á encontrar á ese infeliz en mis sueños?—repuso la jóven condesa en tono festivo.—El volatinero bailaba conmigo, me miraba...

—¡Ay! ahora que me acuerdo,—añadió María perdiendo de repente su alegre sonrisa,—me miraba con unos ojos que daban miedo y me decia... Sí, sí... me decia: ¡*Te he tocado! ¡te he tocado!*

A Lacuzan le costaba muchísimo trabajo disimular la impresion terrible que le causaban estas palabras.

—Eso es un resto de la fiebre,—la dijo.

—¿La fiebre? De ninguna manera. La fiebre pasó del todo: yo estoy completamente bien, y si quisieras darme un espejo, Enrique mio,—añadió cariñosa—yo creo que me darian ganas de vestirme y arreglarme hoy.

—¿Para qué quieres el espejo, María, sino puedes quitarte todavía la máscara?

—Eso es verdad... pero qué fea debo estar con esta máscara... ¡Cuando tú has quitado todos los espejos para que no me vea!...

EL P. SECCHI

La Academia Pontificia Tiberina ha querido honrar la memoria del inmortal P. Angel Secchi, uno de los individuos más exclarecidos[1], y que por espacio de muchos años la presidió con brillo incomparable. A este efecto, reunida en el Palacio Altemps, el 12 de Diciembre, celebró una sesion solemne á que asistieron cerca de cuatrocientas personas, y en la cual se recitaron poesías y se cantaron himnos de gloria al astrónomo ilustre. Una grande y hermosa estátua del P. Secchi, colocada en el testero del salon y dominando la concurrencia, recordaba los triunfos del sábio Presidente de la Academia, que en medio de las más sérias ocupaciones, sabía encontrar espacio y vagar para exponer á sus individuos y al público que á ella acudia sus inmortales descubrimientos. En las paredes del salon se leian las siguientes inscripciones:

RELIGIO
INGENIORUM
MODERATRIX ET ALTRIX
SCIENTIARUM
PARENS ET MAGISTRA
—
SCIENTIA
QUO PRÆSTANTIOR
EO PROPIOR DEO
ET REI PUBLICÆ UTILIOR
—
ACERRIMA INGENIA
PER ARDUA TENDUNT
—

Despues de un magnífico discurso de introduccion leido por el caballero Respighi, Director del Observatorio Capitolino, los académicos celebraron

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

en sus cantos y composiciones poéticas la gloria de aquel que «penetró el misterio de los átomos, que sondeó las profundidades del firmamento y que investigó y analizó los elementos íntimos de los cuerpos que brillan en la bóveda azulada.»

⁂

NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS

La Cantabria, por don Aureliano Fernandez Guerra.—Un volúmen en 4.º de 60 páginas.

Sin perjuicio de estudiar más detenidamente esta obra notabilísima, digna en todos conceptos de la sabiduría del autor, diremos aquí que ha merecido el aplauso unánime de la crítica extranjera, la cual suele ser, por desgracia, despreciativa y rigurosa con las cosas de España, juzgándonos más atrasados de lo que realmente vivimos en el cultivo de las artes y ciencias.

La Cantabria del Sr. Fernandez Guerra, es una reivindicacion de nuestras glorias literarias, prueba evidente de que aún quedan en nuestro país restos nobilísimos de la sabiduría antigua, amamantada en las escuelas católicas.

El Sr. Fernandez Guerra en España, como su amigo y colega el comendador Rossi en Italia, son protesta viva contra los que dicen que la religiosidad coarta los vuelos de la inteligencia humana.

⁂

Guerras piráticas de Filipinas contra mindanaos y joloanos, corregidas é ilustradas por D. Vicente Barrantes.—Un volúmen en 4.º de 448 páginas.

Tambien de este libro hablaremos por separado, cuando tengamos tiempo de leerle; por ahora consignaremos aquí el juicio de *La Ciencia Cristiana*: «No dudamos, dice, que esta nueva produccion del Sr. Barrantes, á que sirve de prólogo una erudita y elegante epístola dirigida al ilustre obispo de Córdoba, Fr. Ceferino Gonzalez, hallará la mejor acogida entre los aficionados á los buenos estudios. A ello han de contribuir no sólo la novedad é importancia dol asunto, sino tambien, y muy principalmente, la manera magistral como ha sabido tratarlo el Sr. Barrantes, acreditando de este modo una vez más sus raras dotes de investigador diligente, docto crítico y castizo escritor. Un copioso índice de materias, y una extensa tabla alfabética de la obra, aumentan la utilidad de esta publicacion.»

Los lectores de La Ilustracion Católica comenzarán pronto á disfrutar trabajos literarios del autor de este libro.

⁂

Reseña histórica del último cónclave, por D. Gerardo Mullé de la Cerda. Un volúmen en 8.º de 179 páginas.

Con decir que el autor asistió, como conclavista del Eminentísimo Cardenal Benavides, á las ceremonias que refiere, está dicho que el libro tiene valor histórico. En cuanto al literario, baste añadir, que es digno de la ilustracion del autor, cuyos trabajos arqueológicos saborearán, sin tardarse mucho, los lectores de La Ilustracion Católica.

⁂

Vida admirable del beato mendigo y peregrino, Benito Labre, por Leon Aubinean.—Un volúmen en 8.º de 468 páginas.

Acaba de ponerse á la venta este libro, recomendable para lectura de las familias. Traducido al castellano por un excelente escritor, la obra no ha perdido nada de su mérito primitivo, que mereció singulares aplausos cuando se publicó en Francia hace pocos años.

Precede al texto una hermosa lámina, abierta en acero, que representa al Beato Labre, la cual nos ha sido facilitada para que la estampemos en nuestra *Revista*, como lo haremos en uno de los próximos números.

⁂

El *Ratio Studiorum* de la Compañía de Jesús, por el P. Jaime Nonell.—Un opúsculo en 4.º de 45 páginas.

¿Quién no ha oido hablar del admirable plan de estudios de la Compañía de Jesús? En el opúsculo de que hablamos se exponen sus fundamentos y se refutan victoriosamente los injustos ataques de sus adversarios. «Despues de leér el excelente escrito del P. Nonell, ha dicho un crítico, se comprende cuán acertado estuvo Bacon al decir del método de enseñanza seguido por los padres Jesuitas: *Consule scholas Jesuitarum: nihil enim, quod in usum venit, his melius.*»

⁂

Los Mayos, cuento original de costumbres populares de la sierra de Albarracin, por D. Manuel Polo y Peyrolon. Un volúmen en 4.º de 114 páginas.

Acabamos de recibir este libro, que debemos á la generosa amistad del autor, y no hemos tenido tiempo para hojearle. Conocemos, sin embargo, otras preciosas novelas de tan distinguido escritor, y sabemos el talento con que maneja la pluma del novelista católico. El Sr. Polo es un consuelo y una gran esperanza para los que lloramos todavía la muerte de Fernan-Caballero.

⁂

La Conciliacion de la Fe Católica con la verdadera ciencia, por el P. Cornoldi, traducida al castellano por D. José Fernandez Montaña.—Un volúmen en 4.º de 227 páginas.

Hace pocos dias que este libro se ha puesto á la venta; el ejemplar que poseemos es uno de los primeros que han salido de la prensa. Su valor es tan grande, que no sabemos encarecerle en pocas palabras, tanto ménos, cuanto que la obra viene precedida de extenso estudio filósofico histórico, del sabio traductor, que avalora todavía más los quilates de su oro finísimo. El libro es una admirable defensa de la filosofía de Santo Tomás, como sabe hacerlas el erudito y profundo P. Cornoldi. Lo recomendamos á los amantes de la filosofía cristiana.

⁂

Almanaque Católico y Guía Eclasiástica para 1879.—Un volúmen en 8.º, encuadernado en carton, de 354 páginas; su precio 6 reales.

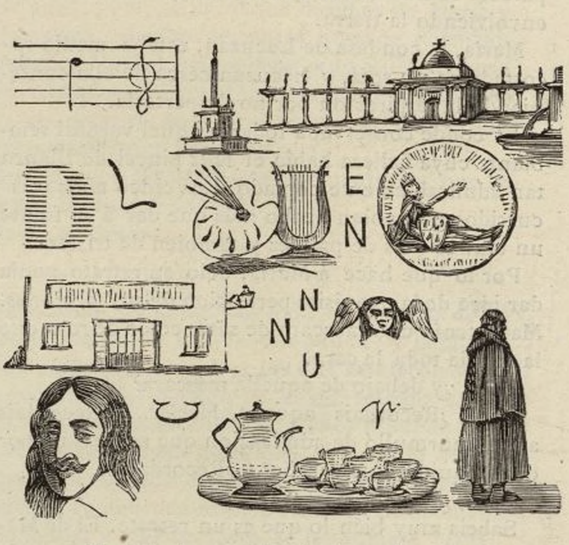
Lo variado y selecto de las muchas materias que comprende, y sus autorizadas noticias sobre el personal eclesiástico de España, hacen utilísima y recomendable esta obra, que se vende por los encargados de la *librería de San José*.

V.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO 25

El mundo es uno de los enemigos del alma.

JEROGLÍFICO.



La solucion en el próximo número.

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 10.

SECCION DE ANUNCIOS

AGENDA DE BOLSILLO
PARA 1879.

Verdadero inseparable ó libro de memoria para 1879, con el calendario y Guía de Madrid.

Precio, desde 1 peseta hasta 19.

Los libr s de memoria no necesitan elogios, pues todo el mundo sabe los grandes servicios que prestan.

DOS REALES EN TODA ESPAÑA

Calendario Americano para 1879, ó sea calendario español hecho en la forma del Americano, con una indicacion el primer dia de cada mes de los trabajos que deben practicar los jardineros y hortelanos, charadas, adivinanzas, seguidillas, proverbios, refranes, anécdotas, etc.

Este calendario, el más popular y últil como indispensable para hacerlo accesible á todas las clases de la sociedad, se ha establecido á un precio *baratísimo*.

AGENDA DE BUFETE
ó LIBRO DE MEMORIA DIARIA PARA
1879

con noticias, Guía de Madrid y calendario.—Precios, desde 2 pesetas hasta 3,75.

Libro ya demasiado conocido como inseparable á todas las casas sin excepcion para insistir más sobre su utilidad.

Se hallarán de venta en la librería extranjera y nacional de D. Cárlos Bally-Balliere, plaza de Santa Ana, 10 Madrid, y en todas las de provincias.

LA ILUSTRACION CATÓLICA
DIRECTOR, D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PÁGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los dias 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeracion de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicacion nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicacion de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisicion continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante *Revista*, como puede observarse en los precios de suscricion que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fé* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de *dos reales* en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de *cuatro reales* por año; pero han de *hacer el pago directamente en nuestra Administracion*.

Las suscriciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administracion de La Ilustracion Católica, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administracion, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los *Bonos del Timbre*, que para la suscricion de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. Tambien pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel Reñé, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

IMPRENTA

Se vende una, muy surtida de caractéres ordinarios, titulares, filetes de zinc para rayados, ramas, platinas de hierro, cajas, chivaletes, galeras, galerines y cuantos útiles se necesitan en un establecimiento de esta índole.

Tambien hay una prensa de hierro.

Se venderá todo en globo ó al detall, segun convenga, en las oficinas de La Ilustracion Católica, calle de la Villa, núm. 4.

OBRAS DE PEREZ VILLAMIL

Para los suscritores de La Ilustracion Católica, el autor ha hecho una rebaja de 25 por 100 en las siguientes:

La Peregrinacion Española en Italia, ó sea, el espíritu cristiano en las peregrinaciones y en el arte, con un prólogo y una carta del Sr. Nocedal. Su precio, 16 reales, para los suscritores de La Ilustracion 12.

Recuerdos del Monasterio de Piedra. Su precio 6 reales, para los suscritores de La Ilustracion 4.

Los pedidos á esta Administracion, calle de la Villa, núm. 4.